



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia
ISSN: 0120-2510
bolant@antares.udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Gómez García, Alba Nelly
Arqueología colombiana: alternativas conceptuales recientes
Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 19, núm. 36, 2005, pp. 198-231
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55703610>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Artículos de revisión

Arqueología colombiana: alternativas conceptuales recientes

Alba Nelly Gómez García

Profesora Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: angomez30@hotmail.com

Resumen. Este artículo presenta una visión esquemática de las diversas formas en que la disciplina arqueológica ha sido practicada en Colombia. Se expone la compleja situación a la que ha llegado la investigación arqueológica en nuestro país en la que se asumen o cuestionan posiciones calificadas como procesuales, posprocesuales o tradicionales. Se sugiere que el diálogo entre las diversas "escuelas arqueológicas" es trasversal, puesto que las mismas no se identifican a sí mismas en relación con una tradición de preguntas y conceptos, sino con respecto a ciertos problemas arqueológicos o autores.

Palabras clave: teoría y práctica arqueológica, arqueología colombiana.

Abstract. This paper presents a schematic vision of the different ways in which archeological discipline has been practiced in Colombia. It shows the complex situation the archeological research has reached in our country assuming or questioning procedural, post procedural or traditional qualified positions. This work suggests that the dialogue among the different "archeological schools" be transversal, since they do not identify to themselves in relation with a tradition based on questions and concepts, but with certain archeological problems or authors.

Keywords: archeological theory and practice, Colombian archeology.

Gómez García, Alba Nelly. 2005. "Arqueología colombiana: alternativas conceptuales recientes". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, volumen 19 No. 36, pp. 198-231.
Texto recibido: 08/03/2005; aprobación final: 13/06/2005.

Introducción

Al hacer una rápida revisión del panorama reciente de la arqueología colombiana encontramos varias formas de practicarla. A primera vista puede parecer que esta variedad es un indicador de la gran dinámica de la disciplina en el ámbito local, pero, al mirar más de cerca esas formas de practicarla, observamos que la mayoría de ellas no tienen un perfil teórico definido. Eso hace ver como deseable llegar a definir claramente qué es y qué busca cada tipo de práctica, y qué consecuencias tiene adoptar y adjudicar etiquetas y algunos conceptos por separado, sin tomar en cuenta la coherencia de esos conceptos con respecto a las diferentes opciones teóricas.

Tal tipo de desconcierto comienza con la definición ligera de la palabra “arqueología” como una sola forma de entender y estudiar el pasado gracias al descubrimiento de civilizaciones y culturas desaparecidas. En consecuencia, la historia de la disciplina sería un inventario de esos descubrimientos, y su futuro estaría marcado por la realización de nuevos hallazgos; unas técnicas de detección, excavación y clasificación más avanzadas permitirían conocer más y mejor el pasado. Pero habría también quienes relacionarían esos descubrimientos con los logros colectivos de una comunidad intemporal que ayudan a darle identidad histórica a los Estados nacionales modernos o a sus componentes regionales. Un mayor número de historias nacionales o regionales mostraría, desde esta perspectiva, la vitalidad de la disciplina. Otros optarían por cuestionar ese tipo de enfoque y abogar por un “estudio científico” del pasado: explicaciones sobre el cambio y las similitudes y diferencias sociales válidas para diferentes contextos culturales. El futuro de la disciplina sería entonces el avance continuo hacia explicaciones más confiables apoyadas en trabajos de campo y laboratorio. Algunos más tratarían de saltar sobre su propia sombra, es decir, crear conceptos para interpretar los conceptos con los cuales miran e interpretan en forma indirecta el pasado, para establecer cómo esas diversas formas de entender el pasado y su estudio, modifican o reproducen el presente de arqueólogos y no arqueólogos.

Este bosquejo permite hacernos a una idea de por qué resulta complicado esperar una “historia de la arqueología colombiana” atada a un tiempo acumulativo y lineal, como una respuesta única o unánime acerca de cuál es (ha sido o debe ser) el mejor camino para conocer el pasado. Un camino que se construye con el registro arqueológico heredado de poco más de un siglo a partir del surgimiento de investigaciones arqueológicas formales en el país. Pero no puede olvidarse que ese registro fue seleccionado, clasificado e interpretado de acuerdo con los diversos enfoques sugeridos (Langebaek, 2003), y cada uno de ellos atribuirá un contenido diferente a las unidades que componen el registro arqueológico (tumbas, vasijas o fragmentos de cerámica, horizontes de suelo, macrorrestos, pisos de vivienda) con el fin de que puedan ser utilizadas para responder a preguntas específicas. Así, el mismo registro arqueológico (físico) es una herramienta con la que se pueden construir, paso a paso, diferentes caminos hacia el pasado. Cada paso no es un dato aislado (datación, dibujo, artefacto lítico) sino una respuesta a una pregunta anterior, ya superada, pero que se considera todavía válida. El final del camino (una verdad sobre una parte del pasado) no se ve aún, pero el programa de investigación que se esté llevando supone que se va en la dirección correcta.

Se puede plantear que el registro arqueológico obtenido se compone de fichas que aspiramos a que encajen como las de un rompecabezas. Pero de acuerdo con los supuestos que maneja cada investigador, cada ficha llega a tener articulaciones que cambian de acuerdo con la manera como se conciba la imagen final: una imagen sobre por qué la gente tiende a convivir de ciertas maneras y no de otras. Son los supuestos derivados de teorías generales funcionalistas, marxistas, estructuralistas,

neodarwinistas, feministas, entre otras. Es así como se parte del supuesto de que las sociedades tienden al conflicto, tienden a la estabilidad, tienden a la jerarquización social, dependen de normas estables cuyo cambio está relacionado con el cambio de la cultura material, cambian de acuerdo con el uso que hagan de su entorno, dependen de redes simbólicas para su organización o, en fin, dependen de la selección natural de habilidades genéticas para su supervivencia.

Esto se traduce en que los fragmentos de cerámica (sus formas, decoraciones, usos) o las tumbas (su forma, contenido, orientación) se vuelven indicios que son revaluados desde, por ejemplo, supuestos neoevolucionistas, como los que dieron lugar a la reinterpretación de excavaciones realizadas desde perspectivas calificadas como “normativas” (Gnecco, 1995a y 1999a; Langebaek, 2003). Tal fue el caso de tumbas y pisos de vivienda muisca excavados en Soacha (Boada, 2000), y de pisos de vivienda precerámicos y yotoco/sonso excavados en Aguazuque y Jiguales (Langebaek, 1997), respectivamente. En lugar de enfatizar su interpretación original como indicios de las costumbres funerarias o tipos de vivienda de ciertas culturas o épocas (Botiva, 1988; Salgado, 1993a y 1993b), se llamó la atención sobre la producción de esos vestigios en contextos en que se distinguen jerarquías sociales. A nivel regional, con la información arqueológica (e histórica, en el segundo caso) disponible para el Valle del río Magdalena, se ensayó una reinterpretación neoevolucionista (Flórez, 1998) y una más histórico-arqueológica (Piazzini, 2001) desde los conceptos de “larga duración”, “cambio sociocultural” e “interacción social”. Para Antioquia se propuso comprender, desde el concepto de discurso de Michel Foucault, las categorías con las que hasta ese momento se habían realizado las clasificaciones de cerámica (Obregón, 1999).

Más que ver si estas reinterpretaciones son más acertadas que sus precedentes, resulta prudente comprender que no estamos ante una sucesión lineal de teorías sino ante un juego de estrategias interpretativas entre esos enfoques. En el debate se ponen a prueba las hipótesis que definen cada enfoque teórico, pero es en los programas de investigación a mediano y largo plazo (10-20 años) que tales hipótesis se traducen en una serie de técnicas de campo y laboratorio que desde cada enfoque se juzgan relevantes. Debates, trabajo de campo y laboratorio van de la mano.

Raíces y rupturas: el pasado en presente

Diferentes autores coinciden en señalar la década de 1960 como el momento en que surge lo que se dio en llamar, en el mundo anglófono, la “nueva arqueología” (*new archaeology*), cuyo principal impulsor fue Lewis Binford (1930). Sin embargo, es preciso devolverse un poco en el tiempo para reconocer que buena parte de su impulso fue dado por los desarrollos teóricos de la antropología conocida como “neoevolucionista” entre las décadas de 1930 y 1950, particularmente los trabajos de Julian Steward (1902-1972) y Leslie White (1900-1975). El enfoque “evolucionista” había sido cuestionado desde la perspectiva “particularista-histórica” impulsada por

Franz Boas (1858-1942), mientras se eclipsaba la época imperial de Europa que había legitimado parte de su existencia en el racismo y la “avanzada del progreso”. Esta idea del “progreso” capitalista fue asociada en forma mecánica con el evolucionismo de los fundadores de la antropología: Lewis H. Morgan (1818-1881), Edward B. Tylor (1832-1917) y James Frazer (1854-1941).

De igual forma, el llamado “posprocesualismo” tuvo su auge entre mediados de las décadas de 1980 y finales de la década de 1990, también en el medio anglofono, pero sus raíces se encuentran en los debates del estructuralismo en las décadas de 1950-1960, cuya figura más relevante en la antropología fue Claude Lévi-Strauss (1908), así como en los enfoques derivados del materialismo histórico de las décadas de 1960 y 1970 y en la sociología de la ciencia. Vale la pena hacer un paréntesis en este último dato en la medida en que, hacia 1958, Gordon Willey y Phillip Phillips habían proclamado que la arqueología era antropología o no era nada, declaración con la que se retomaba la denuncia hecha por Steward en la década de 1930 acerca del carácter empírista, acumulativo y poco científico de la arqueología (Gándara, 1980). Con estos antecedentes en el escenario es que Binford, en 1968, retoma el neopositivismo de Carl Hempel (1905-1997) para pasar de las descripciones a las explicaciones en la arqueología (Gándara, 1980).

Posestructuralismo, neomarxismo y sociología de la ciencia son algunas de las fuentes de las reflexiones de Ian Hodder (1948) en su texto-guía *Reading the past*¹ de la arqueología posprocesual de 1984, apoyado también en una versión ideográfica de la filosofía de la historia, es decir, la perspectiva de Robin Collingwood (1889-1943). Hodder representa un regreso al sujeto, luego del auge del estructuralismo (en Europa, no en Estados Unidos o Latinoamérica) en las décadas de 1950 y 1960. El interés pasa a ser el sujeto por encima de las leyes generales del cambio cultural, es

1 El título es en sí mismo una interpretación. Lo que *reading* quiere decir es “lectura”, pero, al considerar que la lengua es el modelo para todo tipo de interpretación, el debate se concentra en lo que se dice pero no en el objeto que es discutido. La lengua no necesita de un mundo físico para reproducirse. Así, el problema es la lectura (interpretación) que se hace y no necesariamente la manera como se relaciona con los datos de campo. Eso puede llevar a una discusión entre “idealistas” para quienes, dado que todo es interpretación, entonces cualquier interpretación es válida, y “materialistas” para los que es el trabajo de campo el que resuelve todos los problemas de la arqueología. En la mitad queda entonces el debate sobre cómo se seleccionan y clasifican datos en campo y laboratorio para convertirlos en registro arqueológico. A Binford se le reconoce el haber dado algunas pautas para darnos cuenta de esos errores metodológicos cometidos desde el enfoque “histórico cultural” (Gándara, 1980). Hodder alertó acerca de las limitaciones de la definición funcionalista de la cultura de la *new archaeology*. Renfrew cree haber encontrado en lo simbólico y cognitivo una respuesta a este último desafío del procesualismo (véase nota 4). Pero a diferencia de los estudios cuantitativos sobre población, recursos o intercambio del procesualismo, no hay consenso sobre la mejor metodología que permita conocer ese aspecto cualitativo del pasado y la manera como influye en las variables cuantitativas. La incertidumbre muestra que el debate sobre el sentido de “interpretar en arqueología” está abierto (Eco, 1988; Criado, 1993b y 2001; Mora, 2003b).

decir, la manera como la gente interpreta su participación en un proceso histórico (surgimiento de jerarquías sociales, adopción de la agricultura, crecimiento de la población, conflictos, etc.).

Pero hay que anotar que los debates al estructuralismo, el neopositivismo y el materialismo histórico ortodoxo y vulgar (como el de Marvin Harris²) superaron el ámbito disciplinario de la antropología y abarcaron las ciencias sociales en su conjunto: lingüística, psicología, historia, sociología, geografía. Algunas de las figuras más relevantes en este debate, que trató de replantear la naturaleza y alcance de las ciencias sociales, fueron Michel Foucault (1926-1984), Louis Althusser (1918-1990), Gilles Deleuze (1925-1995), Pierre Bourdieu (1930-2002) y Jacques Derrida (1930-2004). Finalmente, conservando cierto orden de aparición cronológica, nos encontramos con los debates paralelos al “posestructuralismo” relacionados con la filosofía de la mente. La ciencia cognitiva, la semiótica y la cibernetica han ido abriendo espacio dentro de las preocupaciones arqueológicas desde la década de 1980. Autores como Colin Renfrew, Steven Mithen, Charles Tilley o Felipe Criado³ se interesan por la arqueología de la mente, la simbolización del espacio y la diversidad lingüística.

Podemos hacernos a una idea de los principios que defienden y definen cada una de estas maneras de entender la arqueología en la tabla 1.

Las últimas tendencias van a empezar a tener mayor notoriedad en Colombia a mediados de la década de 1980 y paulatinamente a lo largo de la década de 1990, con un momento de auge y reconocimiento institucional al comenzar el siglo XXI. La aclimatación de estas tendencias del pensamiento arqueológico conllevó el surgimiento de la idea de que hasta ese momento había predominado una arqueología calificada como “tradicional”, “normativa” o “histórico cultural”. Las reseñas e incipientes debates en la década de 1980 fueron un aviso del eventual roce entre posiciones “científicas/modernas” y “humanistas/posmodernas” con la arqueología colombiana “tradicional”, institucionalizada desde la década de 1940.

Estos elementos, propicios para un debate intergeneracional, fueron aplazados por un momento ante el auge de la arqueología por contrato, vinculada a estudios de impacto ambiental. Precisamente, en la segunda mitad de la década de 1990 se presentó el auge de este tipo de arqueología que ya existía desde la década de 1970, aunque en forma aislada y relativamente controlada por instituciones oficiales (p. ej. el Instituto Colombiano de Antropología o el Banco de la República por intermedio de la FIAN). La novedad de esta modalidad más informal de forma de contratar arqueólogos llevó un nuevo aire a la arqueología “tradicional”, en la que se formó

2 Para una versión materialista y marxista de la antropología en Colombia, véase L. Vasco (1994 y 2003).

3 Una síntesis sobre este interés creciente se encuentra en Preucel y Hooper (1996) y Whitley (1998), y una evaluación crítica en M. Cruz Berrocal (1998).

Tabla 1. Corrientes teóricas en arqueología y su relación con el caso colombiano

Corrientes	Características	Correlato cronológico en Colombia
Tradicional	<p>Histórico cultural (Alemania, ca. 1840-1890)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Objetivo: determinar a qué grupo étnico pertenecen los restos, y cómo se relacionan con las modernas naciones • El cambio cultural es producto del progreso natural de la humanidad • El registro se toma como característico de una cultura (etnia). Nace la idea de "áreas culturales" 	<ul style="list-style-type: none"> • Liborio Zerda y Ezequiel Uricochea usan algunos conceptos evolucionistas para explicar las "razas" indígenas del siglo xvi • Los objetos arqueológicos analizados son producto de guaqueña y son guardados por coleccionistas privados • El evolucionismo, antes que social, es biológico. Se enfatiza el problema del origen de las razas, que es el término usado para clasificar grupos humanos no mestizos o blancos
	<p>Antecedentes del rechazo al evolucionismo (Europa, ca. 1890)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Los "histórico-culturales", al hacer comparaciones entre áreas, dejan de enfatizar el evolucionismo y se preocupan por la distribución de artefactos • En medio del inconformismo con los imperios europeos, se rechaza la aculturación de los pueblos "primitivos" para hacerlos progresar 	
	<p>Particularismo histórico (EE. UU., ca. 1920)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Objetivo: reconstruir la vida de las sociedades, entendiendo que cada cultura es una entidad única • El relativismo niega la existencia de un criterio universal que permita medir el grado de desarrollo de cada cultura • Se dan criterios para clasificar y comparar los artefactos (nacen las tipologías de artefactos) 	<ul style="list-style-type: none"> • Carlos Cuervo (ca. 1893) y luego Herman Trimborn (ca. 1938-1950), entre otros, apelan al difusiónismo como mecanismo explicativo • Esta idea es retomada por Paul Rivet hacia la década de 1940, dado su interés en las migraciones, como la de los caribes. Tal supuesto es impartido a los primeros arqueólogos profesionales del país, quienes van a redefinir las áreas culturales delimitadas desde fines del siglo xix y van a colecionar objetos arqueológicos para poder compararlos. Luis Duque, uno de los discípulos de Rivet, será el que amplíe y consolide esta perspectiva desde la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN), que en 1970 busca apoyar investigaciones en el Alto Magdalena y posteriormente apoya proyectos de arqueólogos en el resto del país • Otro discípulo de Paul Rivet, Roberto Pineda Giraldo, avalará "Colombia Prehispánica. Regiones arqueológicas" (1985-1989), un balance de los logros de la arqueología colombiana basado en una combinación de las "áreas culturales" y regiones naturales, así como un cuadro de "necesidades de investigación" basado en una versión histórico-cultural del trabajo arqueológico

Tabla 1. (continuación)

Corrientes	Características	Correlato cronológico en Colombia
Procesual (EE. UU., Inglaterra, 1970-1990)	Antecedentes del movimiento "Nueva arqueología" en EE.UU. <ul style="list-style-type: none"> Ecología cultural de Julian Steward. Cultura como medio de adaptación de Leslie White. Enfoque materialista histórico-difusiónista de Vere Gordon Childe. Invocación de C. Kluchhohn, W. Taylor, W. Willey y P. Phillips por un enfoque científico en arqueología. 	
	"Nueva arqueología" (EE. UU., 1960-1970) <ul style="list-style-type: none"> Objetivo: construir un camino para hacer de la arqueología una ciencia; éste se orientó adoptando en forma poco crítica el positivismo lógico al asumirlo como el único modelo de ciencia posible 	<ul style="list-style-type: none"> Se fundan los departamentos de Antropología de la Universidad de los Andes (1963), Universidad Nacional (1964), Universidad de Antioquia (1966) y la Universidad del Cauca (1970) G. Reichel-Dolmatoff publica una síntesis de la "Colombia Prehispánica" (1965) que combina etapas evolutivas y difusiónismo L. Duque hace una síntesis sobre la historia prehispánica en la "Historia Extensa de Colombia" (1965-1967)
	Procesual (EE. UU., Inglaterra, 1970-1990) <ul style="list-style-type: none"> Objetivo: explicar el cambio cultural desde una base conceptual sistémica y probabilística (inductiva) Despreocupación por la conducta individual y los acontecimientos únicos, a favor de procesos Explicación sistémica y leyes probabilísticas Se utiliza la Teoría General de Sistemas (TGS) como base conceptual La unidad política o la región y su población son vistos como sistemas donde el cambio cultural es esencialmente endógeno, considerando que sólo se producirá si cumple una función positiva que contribuya a aumentar la coherencia y estabilidad del sistema. Por esto la corriente se percibe también como "neofuncionalismo" Se rechaza la utilización de las convicciones políticas del investigador como criterio de validación de sus explicaciones sobre el registro arqueológico Se analiza el sistema en función de su adaptación al medio (interés por el crecimiento demográfico, el deterioro medio-ambiental y el agotamiento de los recursos no renovables) 	<ul style="list-style-type: none"> El trabajo de Gonzalo Correal y Thomas Van der Hammen (1977) es visto como ejemplo de un estudio riguroso del registro arqueológico producido por los primeros pobladores en el sitio Tequendama Un premio de arqueología de Colciencias es concedido a la creación de una base de datos que maneja datos paleoecológicos desde la teoría general de sistemas (Urrego et al., 1995) Comienza el proyecto "Valle de la Plata" dirigido por Robert Drennan (1983), discípulo del procesual sistémico Kent Flannery, que incluirá un estudio regional, temporadas de campo para estudiantes de las cuatro universidades donde se imparte antropología en ese momento, trabajos de pregrado y posgrado, y una serie de publicaciones cuyo resumen es publicado como <i>Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena</i> (2000) El modelo de estudio de Drennan gana reconocimiento en la FIAN. Los premios de arqueología Luis Duque Gómez (fallecido en el 2000), se conceden en 2002 (Boada, 2003) y 2005 a Ana María Boada para un estudio de los "patrones de asentamiento" y "sistemas agrícolas"

Tabla 1. (continuación)

Corrientes	Características	Correlato cronológico en Colombia
Procesual Cognitiva (1990)	<ul style="list-style-type: none"> • Objetivo: estudiar cómo pensaba la gente • Se abrió el espacio para pensar el problema de lo simbólico • Se concibe la simbología como una entidad que cumple una función dentro de un sistema y puede ser estudiado y explicado como cualquier otro subsistema • Su enfoque ecológico, como se dijo anteriormente se apoya en la función, adaptación y control del entorno (Binford, 1989; Renfrew, 1993, 1994) • Rechazo a un positivismo extremo. Reconocimiento de que las explicaciones "funcionales" son incompletas si no se justifican en un esquema diacrónico • Aceptación de cierta carga de subjetividad en la formulación de hipótesis 	<ul style="list-style-type: none"> • G. Reichel-Dolmatoff enfatiza la importancia del conocimiento chamánico en la relación entre la gente y su entorno, a partir de trabajos etnográficos. Fruto de esto será el trabajo de <i>Orfebrería y chamanismo</i> (1988)
Posprocesual	<ul style="list-style-type: none"> • En los países anglosajones, diferentes autores, algunos de ellos posteriormente agrupados como "posprocesuales", tuvieron como denominador común señalar las limitaciones de los enfoques procesualistas (ecología cultural, neoevolucionismo, materialismo cultural, entre otras) • Se pasa de "explicar" a "interpretar" la realidad, y se entiende que el conocimiento y la verdad se construyen de acuerdo a condiciones particulares de la sociedad y del investigador 	
Contextual	<ul style="list-style-type: none"> • Una de ellas retoma los debates y propuestas de la teoría crítica de la sociedad elaborada por la "Escuela de Frankfurt", fundada en la década de 1920 y que tuvo su mayor auge entre las décadas de 1930 y 1960. Ese enfoque no solo cuestionaría la arqueología sino toda disciplina de conocimiento moderno, en tanto se planteó que, la razón que en un comienzo ayudó al hombre a someter la naturaleza, llevó también al sometimiento de los otros hombres en la "sociedad capitalista". De esto resultaba la cuestión de cómo podía haberse utilizado la producción de conocimiento arqueológico al servicio de ese tipo de racionalidad "instrumental" 	

Tabla 1. (continuación)

Corrientes	Características	Correlato cronológico en Colombia
Neomarxista	<ul style="list-style-type: none"> De los debates entre el formalismo estructuralista y el marxismo de la década de 1960 y 1970, se retomaron algunas nociones que dieron en llamarse "neomarxismo". Desde esta perspectiva una sociedad es una entidad en la que sus integrantes estaban relacionados al tiempo que divididos por el conflicto y las contradicciones inherentes a la manera como se organizaba la producción de bienes. El contacto con el estructuralismo y variantes "culturalistas" del marxismo hizo que el peso explicativo no reposara solamente en las contradicciones derivadas de la relación entre medios y relaciones de producción, sino también de la "superestructura" o ideología que naturalizaba esas relaciones 	<ul style="list-style-type: none"> La versión Latinoamérica de esta aplicación de supuestos del materialismo histórico al estudio del pasado fue conocida como "arqueología social latinoamericana" y tuvo su auge entre la década de 1970 y mediados de la década de 1980. Tal influencia fue marcada en México, Perú, Chile y, en menor medida, en Venezuela, Cuba y Centroamérica. En Colombia su influencia fue más bien marginal
Simbólica	<ul style="list-style-type: none"> El estructuralismo de las décadas de 1950 y 1960 dio otra línea de enfoque para la arqueología. Los objetos arqueológicos no eran solamente entes físicos sino las manifestaciones materiales de estructuras de pensamiento que atribuían no sólo funciones utilitarias a los objetos sino contenidos culturales no cuantificables. Analogías y modelos etnográficos comenzaron a ser reconsiderados como las puestas hacia la comprensión de los contextos de hallazgo y uso de los objetos excavados 	<ul style="list-style-type: none"> Héctor Llanos toma en cuenta la propuesta de Reichel-Dolmatoff acerca de la importancia social del chamanismo, y la imposición de modelos de pensamiento desde el modelo de ciencia occidental, crítica que retoma de Michel Foucault César Velandia gana un premio del Banco Popular con su trabajo sobre los principios estructuralistas que guiarían cierta forma de decorar algunas figuras de la estatuaria de San Agustín
Poscolonial y de género	<ul style="list-style-type: none"> Del "posestructuralismo", surgido a mediados de la década de 1960 en Francia, han surgido otras corrientes "posprocesuales" como el postcolonialismo en arqueología, la arqueología de género y la <i>queer theory</i>. Estas tendencias tienen en común el entender la práctica arqueológica como una actividad atravesada por relaciones de poder, dado que el conocimiento "moderno" del pasado estaría condicionado por intereses políticos, personales o disciplinarios 	<ul style="list-style-type: none"> Cristóbal Gnecco asume las críticas hechas desde la sociología de la ciencia (p. ej. T. Kuhn), el postestructuralismo (p. ej. Derrida, Foucault) y la teoría crítica (p.ej. W. Benjamin), entre otras, a la producción de conocimiento que suponga nociones como verdad, objetividad y distinción entre hechos y valores. Propone que el carácter multicultural del nuevo Estado-nación colombiano sea comprendido desde una perspectiva postcolonial y hermenéutica, y no sólo analítica. Por eso enfatiza que el problema no es epistemológico sino político, es decir, es histórico y contextual:

Tabla 1. (continuación)

Corrientes	Características	Correlato cronológico en Colombia
Poscolonial y de género	<ul style="list-style-type: none"> • Esto significó una apertura hacia la discusión de las formas de construir y presentar los textos arqueológicos, además de que incorporó los debates sobre la arqueología misma y sus productores. Así, los diversos enfoques postprocesuales permitieron la puesta en duda de un único discurso arqueológico, de una sola forma de ver el pasado 	“... no puede existir un conocimiento global, puesto que todo conocimiento es, en última instancia, local en su realización [...] específico en su forma de relación con los proyectos de identidad y con la narrativa histórica local” (Gnecco, 2003: 35)

Fuentes: Trigger (1992), Hernando (1992), Langebaek (2003, 2005), Lanata y Guráieb (2004) y Lanata et al. (2004).

la mayor parte de profesionales que atendieron (y atienden) durante sus estudios de pregrado ese tipo de contratos.

Pero esa disponibilidad de recursos —pocas veces vistos en la arqueología nacional— permitió también ensayar algunas de las ideas que se habían propuesto a título individual en las décadas de 1980 desde las universidades, así como a tratar de aplicar la que todavía se conocía como “nueva arqueología” y comenzar a plantear hipótesis sobre lo que se podría hacer con los planteamientos de la arqueología “posprocesual”.

De modo que las rupturas que se habían sucedido en la academia noratlántica, y en cierta medida en arqueologías de cierta tradición como la mexicana y la peruana, se represaron en Colombia dadas ciertas condiciones humanas, administrativas, académicas, financieras e institucionales de las que hablaremos más adelante. En el siguiente apartado se intenta mostrar la manera como estas tendencias teóricas se tradujeron localmente en debates puntuales sobre supuestos teóricos implícitos, en espacios como las reseñas, simposios y reflexiones personales sobre proyectos y publicaciones de arqueología. Para el efecto se tomarán en cuenta publicaciones nacionales, algunas internacionales y unos cuantos inéditos.

De las síntesis a las temáticas

Al comienzo se planteaba por qué podía resultar siendo un problema tratar de contar una única historia para el “género humano” (o el Estado-nación, o la región), dado que esto suponía una unidad o esencia ahistorical a lo largo del tiempo que el último medio siglo ha tratado de desmentir, en el contexto de los debates sobre la modernización incompleta, insuficiente, frustrada o paradójica del mundo contemporáneo. Pero aun con estas reservas, es preciso reconocer que el acceso al pasado local (de especialistas y público en general) estuvo condicionado por la más conocida e influyente de esas síntesis locales, que fue la creada por Gerardo Reichel-Dolmatoff entre las décadas de 1950 y 1980. Pero esta no fue la única gran síntesis de la historia nacional que

procuraba dar algún orden y sentido al hallazgo de vestigios arqueológicos, al cambio o a la “desaparición” de culturas precolombinas. En la medida en que la idea de una “comunidad nacional” fue tomando vuelo entre las clases dirigentes del país, ese tipo de síntesis comenzó a ser necesaria no bien se hubo dejado de lado la prevención hacia las masas sociales que se formaron en Colombia en la segunda mitad del siglo xx, con variantes locales propias de un contexto de incipiente modernización.

Es así como, a finales del siglo xix, Soledad Acosta de Samper realizó una síntesis por regiones sobre los grupos indígenas reportados por los españoles en el siglo xvi. La presentó en el ix Congreso Internacional de Americanistas y se destacaba su insistencia en la diversidad de razas presentes a la llegada de los españoles. La idea de la raza y el asumir valores hispanos para identificarse a sí misma y a la clase en que se formó, dieron su acento particular a esta pionera síntesis de la historia nacional. Ya para esa época se trataba de tipificar las regiones de Cauca, Antioquia, Istmo de Panamá, Sierra Nevada, Cartagena y los muiscas (Langebaek, 2003). Sin embargo, las áreas culturales que ordenarían, al menos espacialmente, la presentación de vestigios arqueológicos, fueron formalmente definidas en 1938 por un pionero de la institucionalización de la arqueología colombiana: Gregorio Hernández de Alba. Este esquema fue reiterado con diversas variantes por arqueólogos extranjeros y nacionales como Alden Mason, Wendell Bennett, José Pérez de Barradas, Luis Duque Gómez o, más recientemente, Armand Labbé y Lucía Rojas de Perdomo.

Esta coincidencia acerca de la relevancia del concepto de “área cultural”, entre autores de diversas generaciones, formación y nacionalidad tenía en común su tácito o explícito rechazo a las síntesis evolucionistas de finales del siglo xix. Por apelar a una perspectiva sincrónica y al difusiónismo como concepto explicativo, tal tipo de enfoque arqueológico sería tachado en la segunda mitad del siglo xx como “normativo” o “tradicional”, en función de un renovado interés por el evolucionismo y la interacción entre la gente y su medio ambiente. Sin embargo, a diferencia del medio anglófono, que tuvo a un Gordon Childe inspirado en el materialismo histórico o a un Julian Steward interesado en la ecología cultural como marcos de interpretación de una historia mundial evolucionista (Trigger, 1992), en Colombia Gerardo Reichel-Dolmatoff retomó las áreas culturales pero las enmarcó en una síntesis evolutiva que iba de la “etapa lítica” (en su síntesis de 1965) hasta la “Etapa de los Estados Incipientes” (en la síntesis de 1986).

Esta compleja combinación entre cambios evolutivos generales, estabilidad en el ámbito regional y difusiónismo ha dejado su huella en la manera como se plantean eventuales balances de las necesidades y los logros de la arqueología nacional. Es así como los guiones de los museos nacionales y departamentales se apoyan hasta el presente en esa visión para organizar sus exposiciones. El Instituto Colombiano de Antropología planeó y publicó a mediados de la década de 1980 una síntesis apoyada en la idea de “regiones” (Botiva et al., 1989) y recientemente hizo lo propio con la idea de las “etapas” (González, 2005); Clemencia Plazas y Ana María Falchetti (1983

y 1986) propusieron unas “tradiciones metalúrgicas” como formas de pensamiento compartido que trataban de superar la noción de “áreas culturales”; Roberto Pineda (1994, 1995) hizo balances del conocimiento del pasado obtenido por la arqueología nacional siguiendo el esquema evolutivo de Reichel; lo propio hicieron María Victoria Uribe y Santiago Mora (1991) para un texto de divulgación de la historia nacional; Álvaro Botiva (1988) hizo un balance de los aportes de la arqueología de rescate en las décadas de 1970 y 1980 tomando como guía ese marco geográfico y temporal; nuevamente, María V. Uribe (1999) escribió un capítulo similar para una historia general de América Latina.

En el ámbito local, se cuenta con una completa síntesis de la arqueología del “área Calima” (Salgado, 1993b), que trata de comprender las transiciones entre culturas desde uno de los registros arqueológicos más completos de que se disponía, en ese momento, en el país. Y otro experimento interesante fue el intento por valorar y evaluar los alcances y vacíos de la arqueología hecha en Antioquia (Acevedo et al., 1995), que fue la más influenciada y apoyada en proyectos de arqueología de rescate durante la década de 1990. Se retoman los conceptos de subregiones arqueológicas y períodos pero el contenido se trata de dar desde ideas acerca de la influencia de lo simbólico y el papel de los cambios ambientales en las interacciones sociales o en la producción y circulación de bienes de intercambio.

La utilidad del enfoque “normativo” a nivel de instituciones que cuidan y divultan el registro en forma de patrimonio arqueológico, lleva a la producción de relatos sobre la sucesión o coexistencia de “culturas” caracterizadas por cierto número de rasgos típicos de la cultura material. Aquí se deja sentir, desde luego, la herencia de los forjadores de la arqueología nacional como Luis Duque Gómez, para el caso de las síntesis de las “regiones” Calima, Tierradentro, Nariño, Tumaco, Quimbaya, Guane, entre otros.⁴

Con la llegada de presupuestos evolucionistas procesuales, otras síntesis realizadas en la década de 1990 retoman la idea de regiones o “áreas culturales”, pero vaciándolas de su contenido difusiónista y normativo. Es así como Carl Langedbaek o Cristóbal Gnecco publican síntesis en las que la preocupación central es la manera como los “estilos” de la cultura material (cerámica, orfebrería, artefactos líticos, estatuaria) tiene relación con el surgimiento de jerarquías sociales (Langedbaek, 1993, 1996a; Gnecco, 1998). Esta es apenas una muestra de la tendencia que se va consolidando en la década de 1990 en Colombia, en la que se torna habitual realizar síntesis o balances que parten de preguntas y buscan formas de responderlas

4 Al respecto se puede ver cómo los textos que acompañan la colección “Arte de la Tierra” del Banco Popular, no necesariamente hacen alusión a la cultura material que es el centro y razón de ser de esos textos. Es como si, por un lado, se tratara de la colección de vasijas de cerámica por áreas culturales y, por otro, del interés de los investigadores convocados para dar cuenta de la arqueología de la zona.

(metodología) que poco tienen que ver con las que fueron de uso común apenas una década antes.

¿Pero es este hecho un indicador de que se estaba produciendo un giro hacia el procesualismo? Realmente es difícil dar una respuesta concluyente al respecto, puesto que los criterios institucionales sobre el que se consideraba como el camino seguro para conocer el pasado se mantenían en las entidades financiadoras. El contenido de las 32 monografías arqueológicas y los 33 boletines de arqueología publicados por la FIAN en la década de 1990 no varió sustancialmente con respecto a los publicados en la década de 1980, salvo unas cuantas excepciones a título personal que ensayaban otros enfoques (Héctor Salgado y David Stemper, Carlos Castaño). Fueron proyectos individuales los que mantuvieron el interés más allá de un par de proyectos o publicaciones, consolidando con los recursos humanos, financieros e institucionales disponibles lo que podemos calificar como programas de investigación (p. ej. Héctor Llanos, Carlos López, Héctor Salgado, Arturo Cifuentes).

Es cierto que en la década de 1990 hay más publicaciones en comparación con la de 1980, pero el caso es que en esas otras publicaciones se va a cuestionar, primero, los presupuestos conceptuales de la arqueología “normativa” (asociada con la política editorial de instituciones como la FIAN) y, eventualmente, los presupuestos políticos de la arqueología “procesual”. La primera va a seguir dando material para realizar nuevas síntesis de la arqueología nacional apoyadas en áreas culturales y una serie fija de períodos/etapas (Precerámico, Formativo, Clásico o Cacical), y la segunda será la materia prima para las síntesis temáticas de la procesual (Mora, 1992; Oyuela, 1996; Boada, 1998; Langebaek, 1994, 1995a y 1995c; Gnecco, 1996a). Estas dos perspectivas se van a mezclar en publicaciones de los resultados de proyectos de arqueología de rescate. Ocasionalmente, los términos de referencia de la segunda perspectiva llevará a los practicantes de la primera a adoptar ciertos términos y técnicas de campo, sin asumir del todo los presupuestos conceptuales procesuales. Un ejemplo de esto serán los proyectos realizados en el marco de la reconstrucción de la zona del eje cafetero, afectada por un terremoto 1999 (González y Barragán, 2001). A continuación se presenta un bosquejo de cómo se instaló el debate entre “tradicionales” y “procesuales”, y cómo se dibuja la llegada de inquietudes posprocesuales al panorama nacional.

De los manifiestos a los programas de investigación

Recordábamos algunas páginas atrás la proclama que Gordon Willey y Phillip Phillips hicieron en un libro denominado *Method and Theory in American Archaeology* (1958). Como lo ha expuesto Manuel Gándara (1980), pese al título, el libro no presentaba realmente una teoría antropológica para desarrollarla a través de la arqueología con una metodología en particular, sino que se interesaba principalmente por aclarar algunos de los conceptos usados en la arqueología “arqueológica”.

A partir de la compilación de los datos sobre los contextos de hallazgo de las dataciones de radiocarbono obtenidas en Colombia, en 1997 un pequeño grupo de investigadores (Mora y Flórez, 1997) declaraba que la arqueología colombiana debía aspirar a ese nivel explicativo que, en parte, pedían Willey y Phillips a finales de la década de 1950. Esta habría sido una pretensión de replicar en forma unidireccional el proceso ocurrido en la academia anglosajona (norteamericana en particular), según han declarado algunos analistas (Piazzini, 2003a y 2003b; Gnecco, 2002), basándose en consideraciones de tipo poscolonial.

Vale la pena contextualizar, aunque sea brevemente, esa alternativa de historizar la arqueología colombiana. El término “poscolonial” surge, en parte, de la crítica literaria de narraciones históricas, y se refiere a la forma como fueron pensadas y presentadas desde Europa las sociedades colonizadas o “no europeas” desde novelas, textos de viajeros, etnografías o historias a europeos y colonizados (en la época de los imperios industriales entre los siglos XVIII y mediados del XX). El problema no es *qué* se dice sobre, por ejemplo, el pasado de la gente del Tercer Mundo, ni *quién* o *cómo* lo dice. El problema es cómo se define el objeto (o sujeto) de estudio desde las disciplinas que buscan conocer al “hombre” (el sujeto autónomo del humanismo ilustrado). Ocurre que esas definiciones son normativas; es decir, crean sujetos (prehispánicos o modernos) dedicados a razonarse como primitivos, civilizados, agricultores, cazadores o caciques.

Ejemplo de esa reflexión sobre la forma como se cuenta la historia es el texto *Orientalismo* (1978) de Edward Said, que cuestionó, desde la noción de discurso de M. Foucault, la forma como ingleses, franceses y norteamericanos describían, novelaban o analizaban a la gente del Cercano Oriente (Phillips, 2002). En arqueología, el debate se centra en denunciar la crisis que enfrentarían las identidades históricas totalizadoras del Estado nación que pretendían, para el caso colombiano, definir a sus ciudadanos en forma homogénea como mestizos, católicos, hispanohablantes, asalariados y ciudadanos. Se plantea entonces que se puede entender la identidad de las “arqueologías nacionales”, desde la celebración de la pluralidad o la hibridación, como algo valioso en sí mismo.

El debate en arqueología toma en cuenta los intentos de análisis postcolonial realizados en la última década, basados principalmente en el análisis de quiénes han escrito qué textos y desde qué intereses (Gnecco, 1999b; Aparicio 2002; Londoño, 2003). Pero queda la pregunta: ¿qué reformamos cuando ya no se trata de conocer mejor el pasado sino de sospechar de quienes investigan el pasado? Parte de la respuesta está en el hecho de que los partidarios de una perspectiva poscolonial no están interesados en qué pasó, sino qué efectos de poder tiene el tratar de generar cualquier tipo de conocimiento sobre “el otro” (prehispánico o descolonizado). De tal suerte que todo intento de buscar un criterio de coherencia conceptual (definiciones disciplinarias sobre cazadores o caciques) comienza y termina por ser interpretado como un ejercicio político. Tal tipo de discusión nos recuerda, en parte, las historias

y arqueologías marxistas de la década de 1970, que entendían la “objetividad” de la ciencia (p. ej. la economía o la historia) como un derivado de intereses de clase. El auge, vigencia o decadencia de tales perspectivas excede el marco disciplinario de la arqueología y, por lo mismo, su discusión desborda las pretensiones de este escrito.

Lo cierto del caso es que desde mediados de la década de 1990, dos de los arqueólogos que integraban ese grupo que reivindicaba una “arqueología científica”, publicaron varios artículos en los que tomaban distancia de la arqueología que ellos mismos habían practicado una década antes (Gnecco, 1994, 1995a, 1995b y 1996b; Langebaek, 1995a, 1995b, 1995c, 1996b y 2001). Cristóbal Gnecco y Carl Langebaek, no sólo expusieron la necesidad de contar con modelos explicativos por fuera de los presupuestos normativos heredados de Duque o de los presupuestos difusiónistas de Reichel-Dolmatoff,⁵ sino que procuraron mostrar las bondades de modelos en los cuales se definían variables y se especificaba la manera como estas se influían, cómo traducir esas variables en indicadores cuantificables y qué nivel de resolución debían tener los datos necesarios para evaluar los supuestos de sus hipótesis (Gnecco, 1995b, 1995c, 1995d, 1996a y 1996b; Langebaek, 1995b, 1996b, 1997 y 2005; Langebaek et al., 1998). Esta pareja de investigadores nos permite hacernos a una idea de las trayectorias seguidas por algunos de sus colegas y sus estudiantes de pregrado, que contaban con información actualizada sobre el debate contemporáneo en arqueología, principalmente el que se presenta en la academia noratlántica.

Gnecco va a interesarse cada vez más por el concepto de discurso de Michel Foucault y la idea de que el aspecto simbólico es crucial en la conformación del registro arqueológico, en tanto que Langebaek busca fortalecer un enfoque arqueológico evolucionista que estaría inspirado en el materialismo histórico y algunos postulados del procesualismo. Lo curioso es que los dos parecen estar de acuerdo en que el camino escogido por cada uno es el que mejor responde a la necesidad de contar con un pensamiento crítico sobre el pasado. Gnecco (1999b; Gnecco y Zambrano, 2000; Gnecco y Piazzini, 2003) ha cuestionado cómo la práctica de la arqueología (normativa o procesual) puede fomentar relaciones desiguales de poder al excluir saberes no especializados sobre el pasado, lo que no excluye que siga dando a conocer su versión procesual sobre diversos aspectos del pasado (Gnecco, 2000 y 2001b; Gnecco y Aceituno, 2004), si bien son menos prolíficos que a mediados de la década de 1990. Por su lado, Langebaek (1998, 1999, 2001, 2003 y 2005) ha tratado de cuestionar estereotipos sobre la “diversidad cultural” al tiempo que desestima los aportes que una perspectiva constructivista del conocimiento puede hacer a ese intento de comprender mejor “los indios de ayer y de hoy” desde conceptos no relativistas.

5 Aunque la prolíjidad de este autor no permite clasificarlo como un difusiónista sin más, es preciso destacar uno de los elementos que no va a ser acogido por los arqueólogos procesuales, que ya habían sido criticados desde otras posiciones, v. gr. H. Llanos (1987).

Estos ejemplos nos indicarían que el dilema no es la oposición procesual/posprocesual. De hecho, Colin Renfrew (Renfrew y Bahn, 1993), uno de los interlocutores procesuales de Binford en Inglaterra, estimaba a comienzos de la década de 1990 que se podían adaptar al procesualismo algunas de las inquietudes sobre “lo simbólico” o el “contexto cultural particular” de los posprocesuales, en una nueva síntesis denominada “arqueología procesual cognitiva”. Llegados a este punto, no puede perderse de vista que los rótulos de “procesual” o “posprocesual” pueden oscurecer un poco el tipo de supuestos que le da su acento particular a cada tendencia. Dependiendo de cómo se entienda la idea de teoría, podemos plantearnos el problema hacia el futuro de cómo combinar los aportes de estas tendencias (sin olvidar la estigmatizada “arqueología tradicional” o “normativa”) para tener una mejor y más completa visión sobre el pasado. Habría, pues, una “gran teoría” que sintetizaría los intereses y preguntas de las diversas tendencias actuales del pensamiento arqueológico.

Pero puede ocurrir que, como decíamos al comienzo, los supuestos ontológicos sobre la realidad no puedan ser simplemente limados para ponerlos juntos. Es decir, no esperaríamos encontrar un texto o artículo que usara al mismo tiempo la noción de discurso de Michel Foucault y de complejización social de Robert Drennan.⁶ Esa idea de reducir las diferencias a variantes de una única preocupación (monismo) es propia del pensamiento administrativo funcionalista, y poco compatible con el campo académico basado en el debate y la reevaluación de supuestos. Esto, en términos de programas de investigación —es decir, de formación de estudiantes, capacitación de profesores, planeación de proyectos puntuales, equipamiento de laboratorios, consecución de bibliografía, intercambios de investigadores—, tiene consecuencias de diverso tipo.

¿Del futuro al presente sin transitar por el pasado?

Cuando se piensa en un proyecto de arqueología, generalmente se hace más notoria la investigación del individuo en particular que los antecedentes (y sus productores) que le llevaron a hacer cierta pregunta. Y ocurre que, cuando se trata no de un proyecto sino de un programa de investigación, se piensa dos veces antes de aventurarse en tal empresa, dado que es mucho más complejo conciliar el deseo de varios que los intereses de uno solo. Pero eso puede llegar a ser, a mediano y largo plazo, más productivo en términos de formar interlocutores y no sólo capacitarnos como consumidores de modelos de las arqueologías “procesual” o “posprocesual”.

Sin embargo, no todo depende de la conformación de equipos de trabajo. El surgimiento, o bien, la adopción y recepción crítica de las tendencias de la arqueología

6 “Evolución del ser humano” fue una de las ideas que más rechazó Foucault, dada su lectura y adopción de la noción de genealogía de Nietzsche para interpretar la historia (véase Restrepo, 2000).

contemporánea, puede llegar a tener relación con los intereses de grupos sociales que viven al interior del aparato administrativo del Estado, y no con políticas propias de ese aparato institucional. Por citar un caso dicente, la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República ha cambiado sus criterios de financiación y publicación. Es notorio que entre 1990 y 1994 se publicaron 13 monografías,⁷ en tanto que entre 2000 y 2004 se han publicado dos monografías arqueológicas,⁸ una de las cuales dejó editada su antiguo director (Luis Duque Gómez) y otra que corresponde a una tesis de doctorado de 1996. Vale la pena anotar que la primera de esas monografías hace parte de un programa de investigación soportado por un grupo de investigadores con sede en la Universidad del Tolima. Este programa de investigación permite vivir de cerca las oportunidades y limitaciones que conlleva el tratar de coordinar y aprovechar la diversa experiencia, formación y proveniencia del equipo de trabajo (egresados de las universidades de Antioquia, Nacional, del Tolima, con especializaciones, maestrías, estudios de doctorado, y entre 10 y 20 años de experiencia de campo en las cordilleras y valles interandinos, el litoral Pacífico, Panamá, Argentina y España).

Así que más allá de que se institucionalicen en la FIAN, Colciencias o el ICANH criterios procesualistas para financiar investigaciones en arqueología y, todo hay que decirlo, se miren con ojo crítico a los investigadores sin posgrado cuya experiencia laboral tiene que ver con la arqueología “normativa”, el cambio más notorio hacia el presente y el futuro es la existencia de programas de investigación que potencien lo que antaño recaía en los hombros de un único investigador. Labor que fue reconocida en Antioquia con la edición conmemorativa de *Memorias de un origen*, un volumen de textos inéditos de Graciliano Arcila Vélez (1996), protagonista en la creación del Museo Universitario y la carrera de antropología de la Universidad de Antioquia. Más recientemente, se ha editado un número especial del *Boletín de Antropología* de la misma universidad en el que las generaciones activas en las décadas de 1980 y 1990 reflexionan sobre el estado de la disciplina, tomando como referente al pionero de Amagá.⁹

7 Un listado completo de las publicaciones de la FIAN entre la década de 1970 y 2000 fue recopilada por Patricia Barrero (2000).

8 Salgado, H. y Gómez, A. (2000). *Pautas de asentamiento prehispánico en Cajamarca (Tolima)*. FIAN, Bogotá. Pinto, M. (2003). *Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores/recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)*. FIAN, Bogotá.

9 Se cuenta con dos reseñas críticas sobre este balance; una hecha con más detalle desde el ámbito disciplinario (Jaramillo, 2004), y otra que busca ser de carácter más epistemológico (Londoño, 2004), que enfatiza la relevancia de la normalización disciplinaria (noción tomada de M. Foucault) en la creación de conceptos metodológicos en arqueología (tipo, fase, complejización), y el positivismo en el que caen los autores al considerar el “registro arqueológico” como algo empírico y no como una noción discursiva (otra idea foucaultiana), es decir, lentes que permiten ver de cierta manera los objetos y no los objetos en sí mismos.

El corte abrupto entre generaciones y tendencias de pensamiento es entendible en la medida en que sirve de afirmación de la identidad de una generación que busca diferenciarse de su referente más inmediato, como lo ha dicho informalmente en varias ocasiones el maestro Héctor Llanos, que vivió un proceso similar con su maestro Julio César Cubillos y, luego, con sus estudiantes de pregrado. Esto es legítimo y siempre ha ocurrido en los medios académicos de cualquier parte del mundo. La cuestión es cómo puede ocurrir de tal forma que no caigamos en modas y adaptaciones genéricas de debates de corte internacional.

Los estudios de equipos de trabajo apoyados en una combinación de experiencia y formación de posgrado están en cierta forma protegidos de adoptar posiciones “posprocesuales” simplemente como reacción a limitaciones o excesos de enfoques “procesuales”. Porque también en su momento la arqueología tradicional fue una novedad con respecto a los arqueólogos del siglo XIX (Langebaek, 2003; Aparicio, 2003), apoyada más en proyectos individuales que en grupos de investigación. La diferencia hacia el futuro puede darla el hecho de que es en equipo que se puede tratar de dar respuesta a problemáticas con preguntas que requieren de varios años para ser resueltas o replanteadas a un nivel más profundo, y el reconocimiento de la labor de los pioneros, no sólo en la medida en que contribuyeron a la institucionalización de la disciplina sino también a su búsqueda y eventual aporte académico, señala una manera de madurar sin renunciar al proceso que ha permitido un crecimiento del saber arqueológico. No se trata, desde luego, de un crecimiento armónico y libre de altibajos, pero sí de uno que valora las bases y preguntas sin las cuales construir nuevos caminos con el mismo u otro registro arqueológico y hacer nuevas preguntas sería más arduo de lo que por derecho propio ya es. Un breve repaso a la manera como se han redefinido algunas de esas preguntas se presenta a continuación.

Preguntas en desorden a un orden sin preguntas

Hacia el final de la novela *El nombre de la rosa* (1980), Umberto Eco nos presenta su versión medieval de Scherlock Holmes medieval: el franciscano Guillermo de Baskerville, que reflexiona acerca de cómo pudo esclarecer los crímenes cometidos en la abadía:

He llegado hasta Jorge siguiendo un plan apocalíptico que parecía gobernar todos los crímenes y sin embargo era casual. He llegado hasta Jorge buscando un autor de todos los crímenes, y resultó que detrás de cada crimen había un autor diferente, o bien ninguno. He llegado hasta Jorge persiguiendo el plan de una mente perversa y razonadora, y no existía plan alguno, o mejor dicho, al propio Jorge se le fue de las manos su plan inicial y después empezó una cadena de causas, de causas concomitantes, y de causas contradictorias entre sí, que procedieron por su cuenta, creando relaciones que ya no dependían de ningún plan. ¿Dónde está mi ciencia? He sido un testarudo, he perseguido un simulacro de orden, cuando debía saber muy bien que no existe orden en el universo (Eco, 1992: 596).

Las preguntas que se presentan a continuación imponen un “orden” al pasado y en igual medida algo de confusión. Porque parten del supuesto de que hay un orden o que hay “planes” que son creados por la gente para organizarse (la cultura) y que luego se salen de sus manos (lo que, irremediablemente, cambia la cultura); así, las acciones que siguen, obedecen a relaciones que ya no dependen de ese plan original (la cultura viva convertida en tradición añeja). Son preguntas de tipo evolucionista, ecológico-cultural, funcionalista, que tratan de lidiar con esa posibilidad del ser humano de crear un orden que, en la medida en que lo va cumpliendo, lo puede ir cambiando. Veamos algunas.

¿Qué tipo de gente fue la que pobló, entre el pleistoceno y el holoceno, el continente americano y lo que hoy es Colombia?

El equipo conformado por Gonzalo Correal y Thomas Van der Hammen para buscar y caracterizar “el hombre temprano y su entorno” fueron reconocidos ya a mediados de la década de 1970. El texto sobre los abrigos rocosos del Tequendama fue el resultado de un premio dado por el Banco Popular y se convirtió en un clásico para las generaciones interesadas en aprender el arte (que no simple técnica) de excavar todo tipo de sitios (Correal y Van der Hammen, 1977). Las investigaciones más recientes de Correal y Van der Hammen apuntan al estudio de la relación entre megafauna y primeros pobladores en el Valle del río Magdalena (Van der Hammen y Correal, 2001). Sus lineamientos fueron seguidos o sirvieron de inspiración para la generación formada en la década de 1980 (al menos en pregrado; los influjos en posgrado se darían una década después) de la que hacen parte Gerardo Ardila, Cristóbal Gnecco y Carlos López. A este grupo de discusión se ha integrado Gustavo Politis (argentino y visitante itinerante del país desde finales de la década de 1980). Estos últimos han seguido caminos variados al momento de caracterizar socialmente a estos antiguos pobladores y al apelar a estrategias metodológicas para interpretar sus hallazgos.

Ardila y Politis ensayaron en un comienzo, en equipo, un estudio etnoarqueológico entre los Nukak, siendo el último el que prosiguió más sistemáticamente con esa labor (Politis, 1996 y 2000). Ardila ha incursionado en la ecología histórica (Ardila, 1998a y 1998b), pero desde mediados de la década de 1990 ha dedicado más tiempo a otros temas, si bien, recientemente, ha editado un número de la revista *Maguaré* (Ardila, 2003) con artículos de un congreso sobre poblamiento temprano realizado a comienzos de la década de 1990.

Gnecco (1990, 1995d, 2000 y 2001b; Gnecco y Aceituno, 2004) realizó aportes metodológicos al cuestionar el llamado “paradigma paleoindio” y proponer criterios metodológicos para la interpretación de tecnología lítica, paleoambiente y tipo de movilidad de los cazadores, entre otros aspectos. Al igual que Ardila, su producción escrita sobre el poblamiento ha bajado en la última década, aunque se destaca la publicación como libro de los artículos originados en los hallazgos realizados en el Valle de Popayán entre mediados de las décadas de 1980 y 1990.

Carlos López se interesó paulatinamente, a lo largo de la década de 1990, en los pobladores tempranos, en razón del hallazgo de las evidencias de tecnología lítica temprana sobre la que se había especulado por décadas pero que no se había podido hallar. Aprovechó proyectos de arqueología de rescate y la financiación de la FIAN para estudiar el papel que desempeñó el entorno en la adaptación de los primeros pobladores del Valle del Magdalena (López, 1989, 1990, 1998 y 1999).

Los hallazgos de evidencias de los primeros pobladores se multiplicaron en la década de 1990 gracias, en parte, a proyectos de arqueología de rescate y hallazgos no previstos en proyectos que estudiaban períodos “agroalfareros” posteriores (p. ej. en la región Calima o el Tolima). Estos hallazgos no previstos no pudieron ser estudiados exhaustivamente en un primer momento dado el tipo de proyectos, pero han hecho posible que otros investigadores profundicen en las implicaciones del registro arqueológico como es el caso de Francisco Javier Aceituno (Aceituno, 2002 y 2003; Aceituno et al., 2001).

En Antioquia, el proyecto Porce II reportó el hallazgo de variadas evidencias sobre pobladores tempranos. De momento, no se cuenta con una publicación detallada sobre el registro arqueológico obtenido ni de las interpretaciones que dan los autores sobre las consecuencias de ese registro para el panorama arqueológico nacional y americano. Sin embargo, un artículo y un texto de divulgación general dan una idea del nuevo panorama que se creó en la década de 1990 para la historia más antigua del occidente de Colombia (Castillo y Aceituno, 2000 y 2003; Castillo, 1998).

En el último lustro, Víctor González (2002) ha emprendido en el Valle del Pamplonita (Norte de Santander), un estudio de los patrones espaciales de actividades de cazadores vinculados con restos de megafauna y los cambios observables, a largo plazo, en las jerarquías políticas, con el fin de estudiar la complejización social desde sus antecedentes “pre-cacicales”.

Finalmente, Santiago Mora (2000, 2003a y 2005) ha retomado los hallazgos realizados por la Fundación Erigae en el sitio Peña Roja (Caquetá) en la década de 1990 y ha hecho nuevos estudios de laboratorio. Procuró también evaluar el alcance de las herramientas conceptuales con las cuales se ha interpretado, desde Julian Steward, ese tipo de hallazgos, y el modo como se han asociado con una forma de organización social y tipo de subsistencia conocido genéricamente como “cazadores recolectores”. Propone que los arqueólogos hagan antropología de esos primeros pobladores y no se limiten a hacer o retomar analogías etnográficas en las que vemos el pasado con los modelos del presente. De esta forma, se trata de fijarse más en la experiencia de ser “cazadores recolectores” mientras se modifica el modo de vida y el entorno y se llega al momento en que la subsistencia tiene más que ver con la agricultura que con la predación. Pero tal cambio de subsistencia no agotaría la caracterización de esos grupos, puesto que la adopción de otra forma de subsistencia es otro orden posible pero no obedece a un plan en el universo que sea el “autor” o explicación final de todas las transformaciones de “cazadores” en “agricultores”.

El planteamiento de Mora y su tránsito de la teoría general de sistemas (véase Cavelier et al., 1991; Urrego et al., 1995) y la ecología cultural en la década de 1980 a la ecología histórica en 2000, nos devuelve al problema de que el avance logrado con los datos está determinado por la manera como volvemos a experimentar el pasado de nuestros conceptos guía. La desaparición de “cazadores recolectores” se vuelve un proceso irremediable y determinado, no sólo porque así se muestre en los hechos, sino porque cuando los conceptos se convierten en ideología o mito, dejan de ser “una experiencia compartida” para convertirse en “una mano muerta que agarra el presente” (Melo, 1992: 19).

En los próximos años, es de esperar que estas diversas tendencias y acervo de datos del registro arqueológico puedan dialogar entre sí para establecer el contenido de conceptos que han guiado las reconstrucciones sobre la forma de vida de los pobladores tempranos. Por ejemplo, ¿las versiones que tienen López, Aceituno y Gnecco sobre la noción de “adaptación” nos indican que están construyendo caminos interpretativos diferentes con la misma palabra? ¿Cuál es el alcance metodológico de la etnoarqueología para Politis, Mora y Aceituno, luego de la revisión conceptual planteada por Mora? ¿Resultan relevantes los datos de López para evaluar el enfoque de Correal y Van der Hammen acerca del papel que tuvo la extinción de megafauna en los cambios de dieta de los tempranos pobladores del Valle del río Magdalena?

***¿Cómo se interpretan los cambios en la subsistencia
que se presentaron entre los primeros pobladores
y sus descendientes “agroalfareros”?***

A comienzos de la década de 1990, Héctor Llanos (2001) hizo un balance de lo que había significado trabajar con el concepto de Formativo en la arqueología americana y especialmente en la colombiana. Señaló que ese concepto había sido clave para hacer síntesis evolutivas como las de Reichel-Dolmatoff, u otras más históricas como las de Duque Gómez. En la década de 1960, hallazgos como los de Puerto Hormiga atrajeron la atención del medio académico angloparlante, que todavía no asimilaba las ideas de “hipótesis nomológico-deductivas” y la cultura como medio extrasomático de adaptación al medio ambiente, que Binford adaptaba de Hempel y White, respectivamente. A finales de la década de 1980 había quien hiciera una síntesis que buscaba enmarcar esos planteamientos de Reichel-Dolmatoff con respecto a la difusión y la “colonización maicera” y el sedentarismo, en el marco de la agricultura como un proceso que incluía la domesticación de animales, creación de técnicas y mejoramiento genético de los cultígenos a través de una milenaria experimentación (Ardila, 1989).

Para mediados de la década de 1990, el concepto de Formativo (e incluso el de Arcaico: cazadores que experimentan con formas alternativas de producción de alimentos previa a la agricultura) había dejado de ser relevante para pensar o plantear el problema de la adopción de la agricultura por parte de los “cazadores recolectores

paleoindios". Un mayor número de sitios en los que se podía rastrear tal transición, así como nuevas técnicas de recolección de datos (edafología, palinología, arqueo-zoología), no fueron lo único que motivó el cambio de enfoque (Langebaek, 1994). Modelos explícitamente procesuales han tratado de entender esta "transición" en términos de cambio social de un estado estable (cazadores recolectores exitosos) a uno menos estable (grupos agroalfareros jerarquizados), con lo cual se retoman planteamientos de la arqueología inspirada en el funcionalismo y la teoría general de sistemas (Flannery, 1986). Es así como se tienen diferentes acercamientos a los primeros agricultores y al proceso de sedentarización desde la Costa Caribe (Oyuela, 1996; Langebaek y Dever, 2000), el área de Tumaco (Patiño, 1999), el Amazonas (Mora, 2001), o la zona del Cauca Medio (Rodríguez, 2001).

La redefinición de conceptos como domesticación, agricultura, sedentarismo, horticultura, recolección o el mismo de "cazadores-recolectores" va de la mano con la reinterpretación del avance logrado en la comprensión de lo que en un comienzo fue visto como un evento puntual (el origen de la agricultura), y luego pasó a ser un proceso paulatino en el que conceptos como el de "forrajeadores" (Politis, 1996) trata de describir en forma más precisa la esquemática manera como pensamos el surgimiento de una vida organizada en torno a la agricultura (Cavelier et al., 1995) pero no solamente organizada en torno a una variable "material". Porque, como veremos a continuación, el uso del espacio en términos productivos no es una perspectiva que dé cuenta de todo lo que implica "construir culturalmente" un espacio como lugar en donde transcurre la vida cotidiana: como lo muestran algunos grupos humanos, sólo en casos extremos de ausencia de alimento se relajan las normas culturales acerca de lo que es bueno para comer, y aun en ese caso lo biológico viene a estar condicionado por la manera en que concebimos cómo se atribuye el sentido de "consumible" o "saludable" o "alimento" a un bien de la naturaleza; esa diferencia entre naturaleza y cultura que también se ha advertido como una construcción de la cultura moderna (Ingold, 1986 y 2001).

¿El objeto de estudio de la arqueología son los sitios, las regiones o "el espacio"?

Santiago Mora (1997) planteó la dificultad conceptual presente entre los arqueólogos al momento de definir qué entendían por "sitio arqueológico", alrededor del problema de cómo se contextualizaban en la práctica las dataciones arqueológicas de un sitio en particular.

Los conceptos de "sitio", "yacimiento", "localidad" y "región", utilizados no muy sistemáticamente por varios arqueólogos de las décadas de 1980 y 1990, fueron tomados de los autores norteamericanos Willey y Phillips (1958), como una manera de dar respuesta a las inquietudes planteadas desde reconstrucciones del pasado que giraban entorno a la construcción de historias locales y secuencias cronológicas. El contenido de la categoría de "espacio", que atraviesa a todas esas subdivisiones, en

tanto objeto conceptual que ayuda al análisis (separación en partes) e interpretación (modelo que relaciona esas partes: suelo, precipitación, vegetación, etc.) del registro arqueológico, ha cambiado constantemente a través de la historia de la arqueología, pese a que se siga usando el mismo término.

El cambio de términos de la arqueología del espacio a la arqueología del paisaje no es simplemente una diferencia de palabra, semántica, aunque la adopción de los términos también puede ser una simple cuestión de moda. Pensar el registro arqueológico en términos de arqueología del paisaje responde a otra realidad científica y social que propone otros enfoques; es decir, los cambios globales en las esferas académicas quedan plasmados en la terminología empleada (Hernando, 2002).

En Colombia, la denominada “arqueología tradicional” ha descrito el espacio como un conjunto de elementos físicos donde los seres humanos actúan y dejan evidencias materiales que posteriormente pueden ser localizadas. La “organización espacial” de la gente dentro de ese espacio corresponde, en la mayoría de los casos, a una respuesta funcional a las mejores condiciones para recolectar o producir bienes de subsistencia en forma constante. Este enfoque trata de ser replanteado desde la arqueología que piensa la ocupación del espacio en términos de “pautas de asentamiento”, “patrones de asentamiento” y “áreas de captación”. La primera perspectiva plantea que la gente responde en forma cultural (desde un pensamiento mágico chamánico) a la oferta y los cambios de tipo ambiental (Llanos, 1988). La segunda considera que se debe explicar por qué áreas aptas para la ocupación (fundamentalmente, agricultura) no son ocupadas mientras que surgen grandes aldeas (centralización política) controladas por una élite (Drennan et al., 1989). Y la última plantea cómo la gente aprovecha el espacio en función de la distribución de recursos, y esto se vincula con su movilidad o creación de áreas productivas (Mora, 1988).

La percepción del espacio desde la idea de “territorio” se ha trabajado poco, dado que se asume tácitamente en sus sentidos jurídico y político, pues se vincula a la circulación de productos o a la definición de identidades étnicas (Cárdenas, 1989; Therrien, 1996).

Otra noción para entender el espacio físico es la de paisaje, donde se destaca la integridad de lo natural y lo cultural (Orejas, 1995). Esta perspectiva está apenas comenzando a ser implementada en Colombia. Requiere de una base conceptual sólida que permita aprovechar el registro arqueológico producido en términos “procesuales” y “tradicionales”, en términos de los indicadores que nos hablan de un espacio “domesticado”, creado desde un sistema de representaciones (Criado, 1991b). Esto supone el uso de una metodología que contempla tres instancias: la dimensión física, la dimensión social y la dimensión simbólica,¹⁰ lo que implicaría la complementariedad (desde el principio hasta el final de cualquier investigación)

10 Véase un primer ensayo de este enfoque en H. Salgado y A. Gómez (2002); para mayor ampliación, véase F. Criado (1999).

de la arqueología ambiental, social y simbólica, pero nunca la suma de éstas pues se continuaría explicando dimensiones aisladas de un grupo humano.

En caso de que estos supuestos sobre la constitución de un sistema de representaciones no modifiquen la manera como se relacionan los datos formales del espacio (suelos, hallazgos arqueológicos, precipitaciones), puede ocurrir que se cree una perspectiva sobre el pasado que incluya datos geográficos sobre aspectos físicos y hallazgos de la arqueología normativa, a los que se sumen analogías etnográficas que planteen hipótesis acerca de cómo se domesticó el espacio (Castillo et al., 2003). Una analogía supone que dos fenómenos son proporcionales o similares porque obedecen al mismo principio; tal principio es un supuesto de tipo estructuralista en el modelo propuesto por F. Criado (1991, 1993a, 1993b, 1999), que lleva a entender las partes (diferentes usos del espacio) como reproducciones de un modelo general (correspondencia estructural) que les da un sentido a acciones realizadas a diferentes escala (individual o grupal). Tal modelo se debe inferir de los hallazgos realizados en el campo, y no abstraerlo mecánicamente de supuestas continuidades entre el pasado y el presente de un grupo humano a juzgar por su permanencia en el lugar (p. ej. entre los tairona del siglo xvi y los kogi del siglo xx).

Al no ser acogido tal principio teórico, se dificulta apreciar que no sólo interesan las semejanzas entre el caso etnográfico y el arqueológico, sino también las particularidades que diferencian uno de otro. Adoptar los conceptos de la “arqueología del paisaje” supone entonces diferenciar entre sumar definiciones y establecer un modelo de relaciones entre esas definiciones. De lo contrario, puede ocurrir que se produzcan analogías que reiteran en forma inconsciente una manera de pensar el tiempo o de ocupar el espacio que suponemos inteligible desde nuestra racionalidad occidental moderna (Criado, 1991a, 1993a, 1993b, 1999). Llegar a ser cuidadosos con esas distinciones significaría pensar un proyecto puntual de arqueología desde el compromiso con un programa de investigación a largo plazo.

¿El pasado para quién?

El Instituto Colombiano de Antropología e Historia, dependencia del Ministerio de Cultura, reglamentó una parte de la Ley General de Cultura, 397 de 1997, en lo referente a los denominados bienes muebles del patrimonio arqueológico nacional. Esta normatividad, creada a lo largo del último siglo en el marco de la consolidación de las instituciones republicanas y el nacionalismo (Castellanos, 2003), crea un marco de referencia, principalmente, para la relación entre el Estado y los particulares que tienen colecciones de material precolombino. La relación entre los profesionales en arqueología, el Estado y las empresas de obras civiles se encuentran reguladas por esta normatividad y la del anteriormente conocido como Ministerio del Medio Ambiente, en lo concerniente a los estudios de impacto ambiental. Al amparo de esta legislación fue que se vivió el auge de la arqueología de rescate a mediados de la década de 1990.

Sin embargo, como han dejado constancia diversas publicaciones y trabajos de divulgación y capacitación en la valoración de los objetos precolombinos (Ministerio de Cultura, 2003; Convenio Andrés Bello, 2001; Patiño, 2001; Ballart, 1997), el hábito (las normas) no hace al monje (gente que integra lo precolombino a su identidad colectiva). No sólo se trata de un “analfabetismo patrimonial” (desconocimiento de las normas), sino de un “analfabetismo cultural-funcional” parecido al de los analfabetas funcionales que aprendieron a leer y escribir pero no han vuelto a practicar el hábito y deben ser constantemente asesorados con respecto a normas gramaticales. De la misma manera, la gente continúa pensando las piezas precolombinas como fetiches sagrados en consonancia con su puesta en escena institucional, como tuvieron la oportunidad de señalarlo diversos profesionales citados para pronunciarse al respecto (VV. AA., 2001); siguen estando distantes de su cotidianidad, reducidos a ser objeto de políticas institucionales antes que una respuesta a demandas de símbolos de logros colectivos por parte de las comunidades. En esa medida, la influencia de la arqueología posprocesual puede llegar a ser beneficiosa al momento de incluir, dentro del diseño de proyectos de arqueología, la reflexión sobre su influencia entre las comunidades consumidoras del discurso académico especializado (Gnecco y Piazzini, 2003).

Sin embargo, es preciso reconocer que “patrimonio” no es una categoría des de la cual el posprocesualismo piensa el pasado, sino las instituciones que buscan darle un contenido cultural e histórico a la identidad del Estado-nación que pueda ser administrado sin incluir los conflictos o desigualdades sociales latentes (García, 1990; Sánchez, 2003).

Los estudios que combinan las condiciones locales de producción de la memoria con la manera como la misma ayuda a construir sentido de pertenencia (VV. AA., 1999; Gnecco y Zambrano, 2000; Riaño, 2000a y 2000b), así como la forma en que se consume el conocimiento arqueológico (Aparicio, 2002), pueden ayudar hacia el futuro a comprender la distancia que va de que la gente se interese en objetos precolombinos (patrimonio arqueológico) a que comprenda la noción de registro arqueológico como base material del conocimiento sobre el pasado: la popular idea de que los arqueólogos buscan “guacas” indica que ni siquiera se percibe la arqueología desde su definición “normativa” o “tradicional” sino desde la del anticuarismo de particulares y museos que llegó hasta mediados del siglo xx (Trigger, 1992).

Consideraciones finales

Es preciso recalcar que el orden cronológico en que se han sucedido el surgimiento y eventual decaimiento de las corrientes teóricas en arqueología no implica un progreso lineal del pensamiento arqueológico. Los cambios son mucho más complejos y variados puesto que obedecen a la coexistencia de variados niveles de preparación, espacios de interlocución y calidad del registro arqueológico disponible.

Con este escrito no se pretende remediar alguno de estos problemas, que no son exclusivos de una disciplina como la arqueología; se trata más bien de que sirva como un mapa para estudiantes de pregrado o colegas antropólogos que están poco familiarizados con algunos de los temas, autores y conexiones que aquí se destacan, y que tienen interés en los mismos. Se quiere fomentar ese interés en seguir el camino construido por investigadores, instituciones y espacios de divulgación, algo de por sí complejo considerando que por “arqueología” se pueden entender cosas diferentes. Esa dificultad para comunicarse con el gran público es de sobra conocida; lo que es menos reconocido es la dificultad que tiene el mismo gremio para dialogar. Aquí se ha tratado de invitar a hacer una lectura de los autores o enfoques teóricos consigo mismos, para clarificar un nivel de coherencia interna: qué se quería en un comienzo, qué expectativas se han cumplido y cuáles y de qué manera han variado. Es decir, se trató de mostrar que asumir o adjudicar los rótulos clasificatorios presentados en la tabla permite saber, en parte, de qué o con quién se está hablando. Pero es con el paso de las investigaciones que se puede evidenciar la coherencia o no de esas formas de practicar la arqueología.

Bibliografía

Acevedo, Jorge; Botero, Silvia y Piazzini, Emilio (1995). *Atlas arqueológico de Antioquia*. Secretaría de Educación y Cultura, Extensión Cultural Departamental, Instituto de Estudios Regionales-Universidad de Antioquia, Medellín. Inédito.

Aceituno, Javier (2003). “De la arqueología temprana de los bosques premontanos de la Cordillera Central colombiana”. En: Botero, S. (ed.). *Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia. Boletín de Antropología*, Edición Especial, Universidad de Antioquia, Medellín, pp. 157-183.

_____ (2002). “Interacciones fitoculturales en el Cauca Medio durante el Holoceno Temprano y Medio”. En: *Arqueología del Área Intermedia*, ICANH-SOCOAR, Bogotá, Vol. 4, pp. 89-113.

Aceituno, Francisco; Treseras, Jordi J.; Jaramillo, Alexis; Loaiza, Nicolás y Vélez, Lina (2001). “Identificación de plantas alimenticias en el Cauca medio durante el Holoceno temprano y medio”. En: *Boletín de Antropología*, Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 15, No. 32, pp. 51-72.

Aparicio, Juan (2003). “Los hechos científicos y la arqueología de Colombia”. En: Gnecco, C. y Piazzini, E. (eds.). *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*. Universidad del Cauca, Popayán, pp. 267-299.

_____ (2002). “La búsqueda de un nuevo consumidor del conocimiento arqueológico: el caso de los textos escolares”. En: *Arqueología del Área Intermedia*, ICANH-SOCOAR, Bogotá, Vol. 4, pp. 115-136.

Arcila, Graciliano (1996). *Memorias de un origen. Caminos y vestigios*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.

Ardila, Gerardo (1998a). *Prospección Arqueológica del Valle del Riachón, Noroeste de Antioquia, Colombia*. Empresas Públicas de Medellín, Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Laboratorio de Arqueología, Medellín. Inédito.

Ardila, Gerardo (1998b). *Prospección y evaluación arqueológica en el área de influencia del Proyecto Hidroeléctrico San Andrés*. Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Laboratorio de Arqueología, Medellín. Inédito.

_____. (1989). “Notas en torno a los orígenes de la agricultura en el actual territorio colombiano”. En: *Cuadernos de Antropología*, Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología, Bogotá, No. 20, pp. 1-11.

Ardila, Gerardo (ed.) (2003). *Maguaré*. Revista del Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá.

Ballart, Joseph (1997). *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel, Barcelona.

Barrero, Patricia (2000). “Índice de publicaciones de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales”. En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 15, No. 3, pp. 83-93.

Boada, Ana (2003). *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva de Cota y Suba, Sabana de Bogotá*. Informe Final. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá. Inédito.

_____. (2000). “Variabilidad mortuaria y organización social muisca en el sur de la Sabana de Bogotá”. En: Therrien, M. y Enciso, B. (comp.). *Sociedades complejas en la Sabana de Bogotá. Siglos VIII al XVI d.C. Volumen III*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Ministerio de Cultura, Bogotá, pp. 21-58.

_____. (1998). “Mortuary tradition and leadership: a Muisca case from the Valle de Samacá, Colombia, Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes”. En: Oyuela, A. y Scott Raymond, J. (eds.). *Memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff*. The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles, pp. 54-70.

Botero, Sofía (ed.) (2003). “Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia”. *Boletín de Antropología, Edición Especial*. Universidad de Antioquia, Medellín.

Botiva, Álvaro (1988). “Pérdida y rescate del patrimonio arqueológico nacional”. En: *Arqueología. Revista de Estudiantes de Antropología*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Vol. 5, pp. 5-35.

Botiva, Álvaro et al. (1989). *Colombia prehispánica. Regiones arqueológicas*. Colcultura-ICAN, Bogotá.

Cárdenas, Felipe (1989). “Complejos cerámicos y territorios étnicos en áreas arqueológicas de Nariño”. En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 4, No. 3, pp. 27-34.

Castellanos, Gonzalo (2003). *Régimen jurídico del patrimonio arqueológico en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Castillo, Neyla (1998). *Los antiguos pobladores del Valle Medio del río Porce. Aproximación inicial desde el estudio arqueológico Porce II*. Empresas Públicas de Medellín, Medellín.

Castillo, Neyla y Aceituno, Francisco (2000). “Un modelo de ocupación durante el holoceno temprano y medio en el noroccidente colombiano: el valle medio del río Porce”. En: *Arqueoweb*, Vol. 2, No. 2. [En línea] <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero2.htm>.

Castillo, Neyla; Aceituno, Javier y Arango, A. (2003). *Arqueología y gestión cultural*. Informe final I. Empresas Públicas de Medellín, Universidad de Antioquia, Medellín. Inédito.

Cavelier, Inés; Rodríguez, Camilo; Mora, Santiago; Urrego, Cristina y Herrera, Luisa Fernanda (1991). “Informática y ecología humana: alternativa sistemática”. En: *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, Bogotá, No. 31, pp. 132-137.

Cavelier, Inés; Rodríguez, Camilo; Herrera, Luisa Fernanda; Morcote, Gaspar y Mora, Santiago (1995). “No solo de caza vive el hombre: ocupación del bosque amazónico, Holoceno temprano”. En: Cavelier, I. y Mora, S. (eds.). *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*. Eriga-ICAN, Bogotá, pp. 27-44.

Convenio Andrés Bello (2001). *Somos patrimonio. 101 experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y material*. Convenio Andrés Bello, Bogotá.

Correal, Gonzalo (1989). *Aguazuque: Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*. FIAN, Bogotá.

Correal, Gonzalo y Van der Hammen, Thomas (1977). *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama. 12.000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

Criado, Felipe (2001). “Problems, functions and conditions of archaeological knowdlege”. En: *Journal of Social Archaeology*, Vol. 1, No. 1, pp. 126-146.

_____. (1999). *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Grupo de Investigaciones en Arqueología del Paisaje, Santiago de Compostela, Capa 6.

_____. (1993a). “Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje”. En: *SPAL*, Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla, No. 2, pp. 9-55.

_____. (1993b). “Visibilidad e interpretación del registro arqueológico”. En: *Trabajos de prehistoria*, No. 50, pp. 39-56.

_____. (1991a). *Arqueología del Paisaje: el área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (campañas de 1987, 1988 y 1989)*. Xunta de Galicia.

_____. (1991b). “Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje”. En: *Boletín de Antropología Americana*, No. 24, pp. 5-29.

Cruz Berrocal, María (1998). “Introducción a la arqueología cognitiva”. En: *Arqueoweb*, No. 0. [En línea] <http://wwwuem.es/infi/arqueoweb/numero0/tesina0.htm>.

Drennan, Robert (2000). *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Drennan, Robert; Herrera, Luisa Fernanda y Piñeros, Fernando (1989). “El medioambiente y la ocupación humana”. En: Herrera, L. F.; Drennan, R. y Uribe, C. (eds.). *Cacicazgos Prehispánicos del Valle de La Plata: El Contexto Medioambiental de la Ocupación Humana*. University of Pittsburgh, Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 226-233.

Eco, Umberto (1992) [1980]. *El nombre de la rosa. Apostillas a El nombre de la rosa*. Lumen, Barcelona.

_____. (1988). “Signos peces y botones. Apuntes sobre semiótica, filosofía y ciencias humanas”. En: *De los espejos y otros ensayos*. Lumen, Barcelona, pp. 323-357.

Flannery, Kent (1986). *Guilá Naquitz. Archaic foraging and early agriculture in Oaxaca, Mexico*. Academic Press, Orlando.

Flórez, Franz (1998). “Cuando el río suena: apuntes sobre la historia arqueológica del valle del río Magdalena”. *Revista de Antropología y Arqueología*. Universidad de los Andes, Bogotá, Vol. 10, No. 1, pp. 9-43.

Gándara, Manuel (1980). “La vieja ‘nueva arqueología’”. En: *Boletín de Antropología Americana*, No. 2, pp. 7-41.

García, Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo-Consejo Nacional para las culturas y las artes, México.

Gnecco, Cristóbal (2003). “Teorías en la práctica de la arqueología en Colombia”. En: *Revista de Estudiantes de Arqueología*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, No. 1, pp. 29-36.

_____. (2002). “La indigenización de las arqueologías nacionales”. En: *Convergencia*, México, No. 27, pp. 133-149.

_____. (2001a). “Observaciones sobre arqueología, objetos y museos”. En: *La arqueología, la etnografía, la historia y el arte en el Museo*. Ministerio Cultural-Museo Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 73-79.

_____. (2001b). “De la caza y la recolección a los orígenes de la agricultura”. En: Barona, G. y Gnecco, C. (eds.). *Historia, geografía y cultura del Cauca. Territorios posibles*. Tomo II. Corporación Autónoma Regional del Cauca, Lotería del Cauca, Universidad del Cauca, Popayán, pp. 349-365.

_____. (2000). *Ocupación temprana de bosques tropicales de montaña*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán.

_____. (1999a). “Sobre el discurso arqueológico en Colombia”. En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 13, No. 30, pp. 147-165.

_____. (1999b). *Multivocalidad histórica: hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.

_____. (1998). “El poder en las sociedades prehispánicas de Colombia: un ensayo de interpretación”. En: *El poder en escena: Colombia prehispánica*. Catálogo de la exposición, Museo del Oro del Banco de la República, Colombia-Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 49-70.

_____. (1996a). “Relaciones de intercambio y bienes de élite entre los cacicazgos del sur-occidente de Colombia”. En: Langebaek, Carl y Cárdenas, Felipe (eds.). *Chieftains, power & trade: regional interaction in the intermediate area of the Americas*. Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 175-196.

_____. (1996b). “Reconsideración de la complejidad social en el suroccidente colombiano”. En: *Dos lecturas críticas*. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Bogotá, pp. 43-74.

_____. (1995a). “Praxis científica en la periferia: notas para una historia social de la arqueología colombiana”. En: *Revista Española de Antropología Americana*. Universidad Complutense, Madrid, Vol. 25, pp. 9-22.

_____. (1995b). “Evaluación crítica de las sistematizaciones arqueológicas de los Andes septentrionales”. En: Gnecco, Cristóbal (ed.). *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*. Universidad del Cauca, Popayán, pp. 298-313.

_____. (1995c). “Prácticas funerarias como expresiones políticas: una perspectiva desde el suroccidente de Colombia”. En: *Revista Colombiana de Antropología*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, No. 32, pp. 85-102.

_____. (1995d). “Movilidad y acceso a recursos de cazadores recolectores prehispánicos: el caso del valle de Popayán”, En: Cavelier, I. y Mora, S. (eds.). *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*. Eriagaie-ICAN, Bogotá, pp. 59-71.

_____. (1994). “El mapa, el territorio: la arqueología colombiana al final del siglo xx”. En: *Virola*. Universidad del Cauca, Popayán, No. 1, pp. 65-70.

Gnecco, Cristóbal (1990). "El paradigma paleoindio en Suramérica". En: *Revista de Antropología*. Universidad de los Andes, Bogotá, Vol. 4, No. 1, pp. 35-78.

Gnecco, Cristóbal y Aceituno, Javier (2004). "Poblamiento temprano y espacios antropogénicos en el norte de Suramérica". En: *Complutum*, No. 15, pp. 151-164.

Gnecco, Cristóbal y Piazzini, Emilio (2003). *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*. Universidad del Cauca, Popayán.

Gnecco, Cristóbal y Zambrano, Marta (2000). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*. ICANH-Universidad del Cauca, Bogotá.

González, Víctor (2005). "Las culturas arqueológicas de Colombia". En: *Iconografía y simbolismo en Colombia prehispánica*. Organismo Autónomo de Museos y Centros, Tenerife, pp. 17-33.

_____. (2002). "El estudio de las sociedades prehispánicas en Norte de Santander, Colombia". En: *Boletín del Museo Arqueológico de Quíbor*. Museo Arqueológico de Quíbor, No. 9.

González, Víctor y Barragán, Carlos (eds.) (2001). *Arqueología preventiva en el eje cafetero. Reconocimiento y rescate arqueológico en los municipios jurisdicción del Fondo para la Reconstrucción del Eje Cafetero, FOREC*. Convenio ICANH-FOREC-SECAB, Bogotá.

Hernando, Almudena (2002). *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.

_____. (1992). "Enfoques teóricos en arqueología". En: *SPAL*, No. 1, pp. 11-35.

Ingold, Tim (2001). "El forrajero óptimo y el hombre económico". En: Descola, Philippe y Palsson, Gisli (eds.). *Naturaleza y sociedad: perspectivas Antropológicas*. Siglo XXI, México.

_____. (1986). *The Appropriation of nature*. University Press, Manchester.

Jaramillo, Luis (2004). "Arqueología en Antioquia y el nuevo milenio: comentario en torno a 50 años de investigación". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 18, No. 35, pp. 415-434.

Lanata, José Luis y Guráieb, Ana Gabriela (2004). "Las bases teóricas del conocimiento científico". En: *Explorando algunos temas de arqueología*. Gedisa, Barcelona, pp. 17-34.

Lanata, José Luis; Cardillo, Marcelo; Pineau, Virginia y Rosenfeld, Silvana (2004). "Las bases teóricas del conocimiento científico". En: *Explorando algunos temas de arqueología*. Gedisa, Barcelona, pp. 35-82.

Langebaek, Carl (2005). "Arqueología colombiana: balance y retos". En: *Arqueología Suramericana*. Universidad del Cauca-World Archaeological Congress, Popayán, No. 1, pp. 96-114.

_____. (2003). *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias, Bogotá.

_____. (2001). "Patrimonio arqueológico e investigación en el nuevo Museo Nacional de Colombia". En: *La arqueología, la etnografía, la historia y el arte en el Museo*. Ministerio Cultural-Museo Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 89-97.

_____. (1999). "El reto de la diversidad en Colombia". En: Gómez, H. (comp.). *¿Para dónde va Colombia?* Tercer Mundo Editores, Bogotá, pp. 140-148.

_____. (1998). "Indígenas de hoy y de ayer". En: *Nueva Historia de Colombia*. Planeta, Bogotá, Vol. ix, pp. 101-127.

_____. (1997). "¿Quién vive aquí? Viviendas y cambio social en Colombia prehispánica: un ensayo preliminar". En: Mora, S. y Flórez, F. (eds.). *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas*. Colciencias, Bogotá, pp. 73-97.

_____. (1996a). *El oro y las culturas precolombinas*. Editorial Colina, Medellín.

Langebaek, Carl (1996b). "La arqueología después de la arqueología en Colombia". En: *Dos lecturas críticas*. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Bogotá, Cuaderno No. 3, pp. 9-42.

_____. (1995a). "Algunos comentarios sobre cambios diacrónicos en el intercambio prehispánico en el norte del Ecuador y sur de Colombia: revisión de la evidencia". En: Gnecco, Cristóbal (ed.). *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán, pp. 314-330.

_____. (1995b). *Regional archaeology in the Muisca territory. A study of the Fúquene and Susa Valleys*. University of Pittsburgh, Department of Anthropology-Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, Pittsburgh.

_____. (1995c). "Heterogeneidad vs. homogeneidad en la arqueología colombiana: una nota crítica y el ejemplo de la orfebrería Muisca". En: *Revista de Antropología y Arqueología*, No. 11, pp. 3-36.

_____. (1994). "Dieta y desarrollos prehispánicos en Colombia. Durante diez mil años el indígena presentó resistencia a la agricultura". En: *Credencial Historia*, No. 60, pp. 4-7.

_____. (1993). "Arte precolombino. Culturas". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Círculo de Lectores, Bogotá, Temática 6: Arte, pp. 27-42.

Langebaek, Carl; Cuéllar, Andrea y Dever, Alejandro (1998). *Medio ambiente y poblamiento en la Guajira: investigaciones arqueológicas en el ranchería medio*. Universidad de los Andes-Dpto. de Antropología, Bogotá.

Langebaek, Carl y Dever, Alejandro (2000). "Arqueología en el Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano". En: *Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Universidad de los Andes, Bogotá, No. 1.

Llanos, Héctor (2001). "Agricultores y alfareros tempranos del Valle del Río Grande de la Magdalena". En: *Pasado y Presente del Río Grande de la Magdalena*. Fundación del Río Grande de la Magdalena, Honda, pp. 89-106.

_____. (1988). "Algunas consideraciones sobre la Cultura de San Agustín: un proceso histórico milenario en el sur del Alto Magdalena de Colombia". En: *Boletín del Museo del Oro*, Vol. 22, pp. 82-101.

_____. (1987). "Reseña: Arqueología de Colombia". En: *Boletín Museo del Oro*, No. 19, pp. 154-159.

Londoño, Wilhelm (2004). "Construyendo el pasado: una evaluación". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 18, No. 35, pp. 435-446.

López, Carlos (1999). *Ocupaciones tempranas en las tierras bajas tropicales del valle medio del río Magdalena, Sitio 05-YON-002, Yondó-Antioquia*. FIAN, Bogotá.

_____. (1998). "Evidence of Late Pleistocene/Early Holocene occupations in the tropical lowlands of the Middle Magdalena Valley". En: Oyuela, A. y Scott, J. (eds.). *Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes. In Memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff*. The Institute of Archaeology-University of California, Los Angeles, pp. 1-9.

_____. (1990). "Cazadores-recolectores tempranos en el Magdalena Medio (Puerto Berrio, Antioquia)". En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 5, No. 2, pp. 11-29.

_____. (1989). "Evidencias paleoindias en el valle medio del río Magdalena (Municipios de Puerto Berrio, Yondó y Remedios, Antioquia)". En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 4, No. 2, pp. 3-23.

Londoño, Wilhem (2004). "Construyendo el pasado: una evaluación". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 18, No. 35, pp. 435-446.

_____. (2003). "Discurso jurídico versus discurso cultural: el conflicto social sobre los significados de la cultura material prehispánica". En: *Boletín Museo del Oro*, Banco de la República, Bogotá, No. 51. [En línea] <http://www.banrep.gov.co/museo/esp/boletin>.

Melo, Jorge (1992). "La historia: las perplejidades de una disciplina consolidada". En: *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*. Fundación Simón y Lola Gubert, Bogotá, pp. 7-19.

Ministerio de Cultura (2003). *Programa de formación. Acercamiento a la valoración y protección del patrimonio mueble*. Ministerio de Cultura, Bogotá.

Mora, Santiago (2005). "De la invención, reinvenCIÓN y descubrimiento del paisaje amazónico y sus habitantes". En: *Arqueología Suramericana*, Universidad del Cauca-World Archaeological Congress, No. 1, pp. 76-95.

_____. (2003a). *Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa Amazónica: un estudio de las dinámicas humanas y ambientales*. University of Pittsburgh, Latin American Archaeology Publications-Instituto de Investigaciones Amazónicas.

_____. (2003b). "La construcción del pasado amazónico: etnografía y arqueología". En: *Arqueología del Área Intermedia*, Bogotá, No. 5 (En prensa).

_____. (2001). "Suelos negros y sociedad: un sistema agrícola de entonces, ¿un sistema agrícola de ahora?". En: Hiraoka, M. y Mora, S. (eds.). *Desarrollo sostenible en la Amazonía. ¿Mito o realidad?* Abya Yala, Quito, pp. 31-45.

_____. (2000). "Ámbito pasado y presente en la arqueología colombiana". En: *Arqueología del Área Intermedia*, Bogotá, No. 2, pp. 153-181.

_____. (1997). "La paradoja: ¿procesos en la arqueología colombiana?". En: Mora, S. y Flórez, F. (eds.). *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas*. Colciencias, Bogotá, pp. 45-71.

_____. (1992). "Cuidan la tierra como madre. Sistemas agrícolas precolombinos". En: *Crónicas del Nuevo Mundo*. CINEP-El Colombiano-ICAN, Bogotá, No. 16, pp. 241-256.

_____. (1988). "Catarubén: una aproximación a los achaguas". En: *Revista Colombiana de Antropología*, No. 26, pp. 83-107.

Mora, Santiago y Flórez, Franz (eds.) (1997). *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas*. Colciencias, Bogotá.

Obregón, Mauricio (1999). "De los tiestos a los textos. Elementos para un análisis al respecto de las categorías clasificatorias de la cerámica arqueológica en Antioquia". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 13, No. 30, pp. 166-178.

Orejas, A. (1995). "Arqueología del Paisaje: de la reflexión a la planificación". En: *Archivo español de arqueología*, No. 68, pp. 215-224.

Oyuela, Augusto (1996). "The study of collector variability in the transition to sedentary food producers in northern Colombia". En: *Journal of World Prehistory*, Vol. 10, No. 1, pp. 49-93.

Patiño, Diógenes (1999). "Agricultura prehispánica y sociedades complejas en Tumaco, Colombia". En: *Arqueología del Área Intermedia*, No. 1, pp. 49-82.

_____. (ed.) (2001). *Arqueología, patrimonio y sociedad*. Universidad del Cauca, Popayán.

Phillips, L. (2002). "Postcolonial". En: *Enciclopedia del posmodernismo*. Síntesis, Madrid, pp. 348-349.

Piazzini, Emilio (2003a). "Historias de la arqueología en Colombia". En: Gnecco, C. y Piazzini, E. (eds.). *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*. Universidad del Cauca, Popayán, pp. 302-325.

_____(2003b). "Teoría en la arqueología de Colombia: un ejercicio a propósito de los umbrales epistemológicos". En: *Revista de Estudiantes de Arqueología*, No. 1, pp. 72-88.

_____(2001). "Cambio e interacción social durante la época precolombina y colonial temprana en el Magdalena Medio". En: *Arqueología del Área Intermedia*, SOCOAR-ICANH, Bogotá, Vol. 3, pp. 53-93.

Pineda, Roberto (1995). "Pueblos indígenas de Colombia: una aproximación a su historia, economía y sociedad". En: *Tierra profanada. Grandes proyectos en territorios indígenas de Colombia*. Proyecto ONIC, CECOIN, GhK. Disloque Editores, Bogotá, pp. 3-37.

_____(1994). "Intérpretes de milenios de diversidad". En: *Exposición permanente de arqueología. Milenios de diversidad. Catálogo-Guía*. Museo Nacional de Colombia-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 11-17.

Pinto, María (2003). *Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores/recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)*. FIAN, Bogotá.

Plazas, Clemencia y Falchetti, Ana María (1986). "Patrones culturales en la orfebrería prehispánica de Colombia". En: *Metalurgia de América precolombina*. Banco de la República, Bogotá, pp. 201-227.

_____(1983). "Tradición metalúrgica del suroccidente colombiano". En: *Boletín del Museo del Oro*, No. 14, pp. 1-32.

Politis, Gustavo (2000). "Patrones de descarte de los nukak: implicaciones para la arqueología de los cazadores-recolectores". En: *Arqueología del Área Intermedia*, Bogotá, No. 2, pp. 99-124.

_____(1996). *Nukak*. Sinchi, Bogotá.

Preucel, Robert y Hodder, Ian (1996). "Material symbols". En: Preucel, R. y Hodder, I. (eds.). *Contemporary Archaeology in Theory*. Blackwel, Oxford, pp. 299-314.

Renfrew, Colin y Bahn, Paul (1993). *Arqueología: teoría, métodos y técnicas*. Akal, Madrid.

Restrepo, Luis (2000). "Michel Foucault: la genealogía y la historia". En: *Pensar la historia*. Ediciones Stendhal, Medellín, pp. 143-176.

Riaño, P. (2000a). "¿Por qué a pesar de tanta mierda este barrio es poder?" Historias locales a la luz nacional". En: *Revista Colombiana de Antropología*, No. 36, pp. 50-83.

_____(2000b). "La memoria viva de las muertes. Lugares e identidades juveniles en Medellín". En: *Ánalisis Político*, No. 41, pp. 23-39.

Rodríguez, Elkin (2001). "Diversificación de cultivos o formas de producción: datos sobre actividades económicas de subsistencia prehispánicas en el valle medio del río Otún (Risaralda)". En: Morcote, G. (ed.). *Memorias del Simposio Pueblos y Ambientes: una mirada al pasado precolombino*. Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá, pp. 189-223.

Salgado, Héctor (1993a). "Investigaciones arqueológicas en el poblado prehispánico de Jiguales-Calima (Segunda temporada)". En: *La vivienda prehispánica Calima*. INCIVA, Cali, pp. 55-112.

_____(1993b). "La vivienda prehispánica en la región Calima". En: *La vivienda Prehispánica Calima*. INCIVA, Cali, pp. 91-112.

Salgado, Héctor y Gómez, Alba (2002). *Antiguos pobladores en la Cuenca media y baja del río Coello*. Informe. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Inédito.

_____(2000). *Pautas de asentamiento prehispánico en Cajamarca (Tolima)*. FIAN, Bogotá.

Sánchez, G. (2003). *Guerras, memoria e historia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Therrien, Monika (1996). “Naciones, imperios y territorios muiscas: historiografía arqueológica de la Sabana de Bogotá”. En: *Compilación Bibliográfica e Informativa de Datos Arqueológicos de la Sabana de Bogotá, Siglos VIII al XVI d. C.* ICAN-Colcultura, Bogotá, pp. 23-43.

Trigger, Bruce (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.

Uribe (1999). “Las sociedades del norte de los Andes”. En: Rojas T. y Murra, J. (eds.). *Historia General de América Latina*. Editorial Trotta-Editorial UNESCO, Madrid, pp. 315-342.

Uribe, María y Mora, Santiago (1991). “Colombia prehispánica”. En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Tomo 1. Círculo de Lectores, Bogotá, pp. 1-38.

Urrego, C.; Herrera, L. F.; Mora, S. y Cavelier, I. (1995). *Informática y arqueología: un modelo para el manejo de datos básicos*. Premios nacionales de cultura, Colcultura, Bogotá.

Van der Hammen, T. y Correal, G. (2001). “Mastodontes en un humedal pleistocénico en el valle del Magdalena (Colombia) con evidencias de la presencia del hombre en el pleniglacial”. En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 16, No. 1, pp. 4-36.

Vasco, Luis (2003). *Notas de viaje. Acerca de Marx y la antropología*. Universidad del Magdalena, Bogotá.

____ (1994). *Lewis Henry Morgan. Confesiones de Amor y Odio*. Editorial Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Velandia Jagua, César Augusto (1994). *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Bogotá.

VV. AA. (2001). *La arqueología, la etnografía, la historia y el arte en el Museo*. Ministerio Cultural-Museo Nacional de Colombia, Bogotá.

____ (1999). *Éxodo, patrimonio e identidad*. Memorias de la v Cátedra anual de historia “Ernesto Restrepo Tirado”. Museo Nacional de Colombia, Bogotá.

Whitley, David S. (1998). “New Approaches to Old Problems. Archaeology in Search of an Ever Elusive Past”. En: Whitley, D. (ed.). *Reader in Archaeological Theory. Post-Processual and Cognitive Approaches*. Routledge, London-New York, pp. 1-28.

Willey, Gordon y Phillips, Phillip (1958). *Method and theory in american archaeology*. Academic Press, New York.